



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# DELIRIUM TREMENS

Rodrigo García Marina



SEGUNDO PREMIO 2015

# Delirium Tremens

Su respiración de céfiro quiebra en una arritmia producida por el despertador. Las sábanas bailan debajo de sus quejosas piernas irguiendo poco a poco el cansancio. El artista recoge con sus manos el agua del grifo. Cae por el desagüe y se lleva legañas añiles que todavía sueñan. Se viste a medias. Desayuna. Cae en la cuenta de que olvida algo. Destripa su propio rostro. No ha dormido cinco horas. Eso no importa. Espera a la guagua mientras ve amanecer en el puerto. El sol sangra sobre el cielo. Las nubes de cocaína se manchan infinitas. Todavía las respira porque no hay imagen en el día, más adicta de sí misma. Se cambia el instrumento de mano y repasa un concierto que suena en su cabeza. Rompe el silencio con unos dedos que no le pertenecen, en realidad todo él es un intruso de su propia condición. *Cuando era más pequeño su tristeza duraba un trayecto de veinte minutos.* Y quería volver a aquel momento. Quería volver al código infantil de culpa, en el que los remordimientos se curaban rezando tres Padrenuestros. Pero alguien disparó en los pulmones del que bendecía la mesa. Ahora que el sol está sobre el cenit, ¿quién adivinaría toda la ceniza que arrastra su luz sobre la carretera? Agarrado a una barra repasa las infinitas páginas de los libros que le pesan más en la espalda que en la cabeza, donde misteriosamente se vuelven livianas y olvidadizas. Después de la vida queda el papel, piensa. En esas madrugadas oscuras, en las que nada importaba y su existencia sublimada caía líquida por las calles, usó el papel para consumirse por dentro. Tal vez la narcosis era lo único capaz de alejarle de sí mismo. Aunque nunca hasta alcanzar lo absoluto.

—Veo amanecer sobre tus pupilas inyectadas en Speed. Y todavía me sobra aire para soplar la hierba y verla volar. Gramo a gramo.

Ya estaban muertos pero aún les quedaba papel en los dedos. Y acabaron con el barro hasta el cuello, jugando a la tristísima orgía léxica de “a ver quién da más”. Terminaba de prostituir el afecto y volvía a su casa. En unas horas tenía que despertarse para estudiar.

El artista repasa la cara de los pasajeros en busca de algún rostro sórdido. Cuando se encuentran no se saludan. Dos caras consumidas sólo se reconocen en la madrugada en busca de

calor. Necesita de la culpa para superar la evasión. Y no encuentra en la bioquímica ninguna ruta que descifre el punto exacto en el que se halle su conciencia.

—Mutilo al pez que se muerde la cola el día de su autopsia. Mutilo a la ciencia, por dogma de todas las cosas.

Cuando llega tiene en la cabeza una ciudad de luciérnagas. Los artistas se bajaron una parada antes. Él debería quedarse allí, aunque rechace las personalidades eléctricas y amaneradas, que visten y hablan buscando la unicidad. Tan sólo el sentido que encuentra en la vida es deletéreo. Y no encaja entre los diferentes; ni entre los inteligentes, aplicadísimos, rápidos y hábiles estudiantes de medicina. Un recuerdo:

Los zapatos de domingo ya no le caben. Intenta ponérselos primero ayudándose de las manos. Después con un calzador. Retuerce sus dedos. Le palpitan los pies con un segundo corazón enrojecido. Se le bajan los calcetines azul marino. Vuelve a intentarlo hasta que se levanta la piel que cubre la uña y sangra. Encuentra en aquel pie desproporcionado que ha ido creciendo en silencio un pecado repugnante. Los ojos de Dios atraviesan al niño con miedo. En sus ojos se dibujan los trazos de la culpa. *Quién disparó al aire mientras el que bendecía la mesa estaba respirando.*

—Estos estudiantes van a contener el sufrimiento de la carne en sus manos y yo no creo en ellos. Tampoco creo en mí.

Pese a ser opuestos, el artista admira a sus profesores. Le gusta escucharles hablar. El brillo de sus ojos cuando con pasión descifran a unos ignorantes la ruta de la tiroxina. Sus risas cuando recuerdan. Cuando incitan a saber. El artista encuentra poesía en las bocas de los doctores. Y a veces entre sus apuntes escribe a lápiz un término médico:

El éxtasis en la lengua de mis piernas.

Mis piernas son dos paralelogramos que se enredan.

Mis piernas mueren vomitando por la boca.

Mis piernas adoran la primavera.

Mis piernas son dos *sóleos* que se iluminan al verte.

Mis piernas abrazan el mundo:

—Mi mundo eres tú.

Después de desmenuzar la miología, busca en su memoria toda esa anatomía de superficie practicada con quien fuera. Dibujaba constelaciones con sus lunares, recuerda. Aquellos cuerpos múrices en la oscuridad dijeron por los siglos de los siglos y mintieron. Por eso el artista hace del silencio su heroína. Necesita tanto de él que no daría cabida a su propia existencia creativa fuera del mismo. Los dedos son prolongaciones de sus entrañas que a veces despiertan a Mozart, otras dilatan el grafito sobre el papel. Sus dedos guardan discursos más poderosos que los que la boca una vez articula, pierde, miente y olvida. Para el artista los médicos viven en un estado de neurosis constante que edifica su propio lenguaje. Médicos que sólo hablen de medicina, eso quieren; escribe en su libreta. Cuán pobrísima se muestra una sintaxis si sólo se alimenta de conocerse en la proporción parcial del que no ve más allá. El muro de la suficiencia se cierne sobre los párpados. No es vadeable.

Cuando el artista va al conservatorio todos sus pájaros sintácticos vuelan. Ha elegido una vida del lado de las cosas bellas. Por eso ve un árbol y se emociona cuando tiembla. Dios está a la derecha de cada vientre en forma de saliva. Un hombre masca tabaco por las calles miserables que atraviesa la guagua para llevarle de su casa a la universidad, de la universidad al conservatorio, del conservatorio a su casa. La belleza ha encontrado lugar entre lo miserable y se manifiesta en la rutina a modo de salvación. Si no, ya se hubiera tirado de un puente. Porque le dieron alas para volar y ahora desde arriba sólo idea planes suicidas. Pero embriagado por la prontitud de la vida, termina abrazándola (más por pasión que por cobardía). El hombre escupe el tabaco en las tripas de la acera. El artista, por las múltiples caídas, sabe que éstas no tienen corazón. Dos mujeres hablan delante con las voces de las hormigas. Entra un loco y grita. La

señora que va bien vestida a la izquierda del artista mira por la ventana. Nadie quiere al loco. La guagua frena y pierde el equilibrio sobre sus ruedas. Las cebras comen caucho. El artista tira de un hilo y se le cae un botón. Se le cae al suelo, lo recoge y se lo mete en la boca. La señora vuelve a mirar a la izquierda. El artista come como las cebras. El botón ha pactado una simbiosis con una lengua que sólo articula verbos ácidos. El botón y la boca son invencibles. Se suben dos policías, pero eso no hace guardar silencio al hombre que grita. El artista reconoce a un filósofo dando de comer a unas palomas. Después el paisaje se rompe por la velocidad y queda a lo lejos tras la calima. El loco ha cambiado el aguardiente por el aguarrás y el artista cree más en su suicidio léxico que en el cura. Es el principio de Heisenberg hecho carne, pero no es santo. La guagua vuelve a frenar. Se baja, ha dejado sus pájaros sintácticos en un cópano de madera que bailaba en el barrio de pescadores.

Toda una tarde para diluir en su tortuosa y egocéntrica psique, una única verdad. Ha tocado su cero absoluto. Ha encontrado la certeza más demoledora y con sus dientes necesita golpear la moral. Todo ese dilema cáustico sobre el hombre, de qué le vale. De la misma forma que se extiende la piel de un animal muerto y queda, de dimensiones inmensas, tendida sobre su propio pellejo. Qué posee más allá de su infinita fragilidad alguien que no encuentra gracia en sí mismo. Todas las lenguas que quisieron chuparle la sal al artista de dentro del ombligo, dónde han quedado. Como aquel corte limpio e insípido de carencias afectivas. Como aquellas flores azules de Valium. Como los zapatos de domingo. Vuelve a su casa y ya es de noche. Él es invisible. El final de su diccionario enciclopédico abreviado. Nunca es lo suficientemente bueno. En nada. Nadie entiende su esfuerzo descomunal, nadie carga su cruz radioactiva, nadie besa los labios exacerbados de sus insectos fonéticos con sinceridad impropia. Su vida cuesta un precio muy caro y el fracaso no entra en sus planes. Aunque tiene un plan mejor. Quiere volar con las alas de la dinamita. Su madre en la cena dice:

—Os acordáis cuando teníamos peces y éramos felices.

Vuelve a despertarse y vuelven a bailar las sábanas sobre la cataplexia de sus piernas. Repite exactamente lo mismo que el día anterior, a su manera. *Recuerda cuando era pequeño. Al*

*final su trayecto se alargó unas paradas más, como su tristeza. Aunque ve amanecer sobre el puerto y ahora sus pupilas sólo se encuentran inyectadas en sopor. Esa es su bandera. Se cambia el instrumento de mano y esta vez toca una sonata. Su cabeza canta Mahler, Tchaikovsky, Stravinsky, Hoffmeister... En su cabeza suena como quiere, como espera que un día el sonido encuentre lugar en él y le haga la persona más dichosa del mundo. Mejor cientos volando, piensa. Sus pájaros sintácticos sonrían. El que bendice la mesa se desangra sobre sus anémonas amarillas. No supo cuándo, ni por qué, el artista se hizo mayor. En realidad se desdice, él siempre se sintió demasiado viejo. Aún teme algo más que la insuficiencia. Quiere volver al tiempo en el que la culpa se curaba con tres oraciones. Teme que no haya hueco para un médico más en el mundo, para un artista. Se miró un momento, con su viola, su libreta de escribir, los atlas de anatomía en la espalda... Lo sabía. *No las tenía todas consigo. Pero todo lo que era, lo llevaba con él.* Una nube de cocaína se moja en granate. El sexo de las estrellas es indescifrable.*